





NICARAGUA AL DESNUDO

En la madrugada del pasado 23 de diciembre, la ciudad de Managua fue asolada por un terremoto, con un aterrador saldo de muertos, destrucción y caos. ¡Triste broche a un año marcado en Nicaragua por un deplorable estancamiento político, con la consagración de la estructura dictatorial, y por un receso económico, debido en gran parte a la persistente sequía! Centroamérica y el mundo entero han tendido una mano al sufrido pueblo nicaragüense y un poco por doquier se ha dejado sentir la capacidad de solidaridad humana, al menos en el dolor. En ello, los pueblos centroamericanos han dado pruebas de una identificación humana que desborda con mucho la pobreza actual de nuestros esquemas integracionistas económicos y políticos. Los gobiernos de Honduras y El Salvador han sido incluso capaces de olvidar sus rencillas, al menos temporal y parcialmente, para dar una mano al pueblo nicaragüense. No estaría de más recapacitar que tan urgente como la ayuda otorgada al pueblo de Managua lo es responder a la angustiosa demanda de nuestros pueblos marginados, y que la concordia y unión centroamericana es tan perentoria y esencial en un caso como en otro.

Al margen de toda lamentación, inútil en estos casos, una catástrofe como ésta y la consiguiente necesidad de rehacer una ciudad desde sus cimientos, con todo lo que eso implica, es una oportunidad excelente para plantearse, a modo de interrogantes, una serie de aspectos vitales en la existencia de nuestros países. Como muestra, explicitemos algunos de ellos.

¿Se volverá a invertir en lujos y fastuosidades lo que es vitalmente necesario para la subsistencia de las mayorías? ¿Se reconstruirán fabulosos edificios y residencias a costa de olvidarse de dar techo a la gran masa del pueblo? No olvidemos que si el terremoto ha dejado sin hogar a muchos miles de personas, la estructura económica normal de nuestros países niega un techo digno a más de la mitad de nuestra población.

¿Se repartirán equitativamente el presupuesto y las ayudas internacionales, o habrá quienes,

por privilegios de casta —social o política— se queden con la parte del león? Uno de los datos que más han escandalizado al mundo entero es que hubiera quienes, entre los rangos institucionales, se dedicaran al pillaje de las ayudas recibidas en los días que siguieron al sismo. Cuando este pillaje es la norma en la vida cotidiana, la estructura política que sustenta ese pillaje es una estructura inmoral e injusta.

¿Se tomará la catástrofe como un distractor, interno y externo, respecto a los graves problemas que, con independencia del terremoto, aquejan a Nicaragua y de la consiguiente transformación política que esta situación demanda? Si algo ha puesto en claro el terremoto es que el país no sólo carece de la holgura económica necesaria como para afrontar una catástrofe de esta envergadura, sino que carece de la independencia y autonomía política más elemental y de una estructura de participación y organización popular que permita orientar el esfuerzo de toda la nación hacia metas de bienestar común. En Nicaragua se ha visto claro en estos días quién manda y lo que se puede esperar de Constituciones políticas y "elecciones" hechas a la medida de quien detenta el poder.

No sería noble aprovechar estos momentos de desgracia para enseñarse críticamente con el gobierno nicaragüense. Sin embargo, un acontecimiento como éste nos lleva a pensar que lo que ahora ha sido un golpe desgarrador para el pueblo de Managua lo es nuestra estructura socio-política para el setenta por ciento de la población todos los días de su existencia. Lo triste es que consideremos "normal" que los más de nuestros conciudadanos carezcan de vivienda digna, de electricidad o de agua corriente, que tengan que sobrevivir con un régimen de subalimentación, que puedan quedarse sin trabajo de la noche a la mañana, o que tengan que ver morir a sus hijos en la impotencia más desazonadora. El terremoto no hace más que poner al desnudo ante nuestros ojos egoístas toda la tragedia que estas carencias suponen.

Ojalá Nicaragua y Centroamérica entera sepa con generosidad y sacrificio levantar no sólo una Managua nueva sino también una nueva Managua. Una Managua que, en sus organizaciones y edificios, no reconstruya las injusticias y desniveles, sino que entregue equitativamente a todos y cada uno lo que como personas humanas les es debido en justicia. No saber o no poder realizar esto será una de las más graves acusaciones que el pueblo nicaragüense podrá echar en cara a su actual y a lo que parece imperecedero gobierno.